



ANNAI DE VUI

“ LA DEMOCRACIA ORGANICA
TIENE MUCHO SENTIDO.
EL PAIS, EN SOLO TRES MESES,
SE VE DE FORMA NUEVA ”

TIGUERAS
6-



DO DE MIGUEL, LTA DE CASI TODO

UN poco menos «enfant» y un algo menos «terrible». Amando de Miguel, próximo a los cuarenta, parece haber limado algunas de las aristas que le pusieron en las listas negras entre los no gratos. ¿O tal vez él es quien ha permanecido donde siempre estuvo, y es el país quien ya no se asusta de estos «sociólogos liberales», de estas nuevas clases de intelectuales rupturistas...? Tal vez. Amando ha pasado por Madrid. Lleva un largo

trimestre como observador del proceso electoral en los Estados Unidos. Se volvía para ver el acto final del «match» Ford-Carter, este estudioso de fenómenos sociales, escritor, ensayista de la lengua barba. Un poco más grueso, bien es cierto, Amando ha reaparecido por los círculos por «do solía». De la mano de López Aranguren presentó «Cuarenta millones de españoles, cuarenta años después», su, de momento —el ritmo de tres/cuatro libros anuales lo mantiene este prolífico autor—, última obra. «La más densa, la más importante, hasta el momento», asegura. En su contraportada, y a modo de resumen, un brazo y un puño, ambos en alto. Amando, amable Amando... —De verdad que sí. Que tres meses de ausencia me permiten ver ahora el país de una forma nueva. Ahora se hacen cosas, hace todavía pocos meses, inimaginables. Y se hacen con toda normalidad. Y no pasa nada. No se incendia nada... ¿Cómo veo el país desde lejos? Como con unos catalejos, al revés. Lo ves chiquitito, chiquitito. Lo veo a través de las noticias que llegan a la Prensa norteamericana.

Pocas, pocas. Pero todas ellas, como dando un crédito. Por primera vez, las noticias de España, que normalmente eran muy tendenciosas porque, evidentemente, este era un país fascista, diferente de las democracias próximas, de los restantes países europeos..., obviamente, había hacia nosotros un trazo peculiar. Ahora, en cambio, yo veo que las noticias son muy esperanzadoras. Tienen un tono... «Estos españoles que quieren modernizarse, que quieren hacer un esfuerzo por tener una vía pacífica», y tal... Los reportajes son siempre muy esperanzadores.

En el semanario «Time», hace pocas semanas, en un extenso trabajo sobre España, observé una cosa que me llamó bastante la atención: decía que el tema de Franco y el tema del franquismo estaban ya superados, que habían dejado ya de interesar. Veo que no, que todo lo contrario. Llego y me encuentro con el libro de Franco Saldgado Araujo, y veo que todas las revistas tienen algo de Franco, del franquismo... Aquel periodista americano, evidentemente, se dejó llevar por una apreciación falsa.

—¿En qué adviertes, principalmente

ese cambio del país, tres meses después?

—En cosas cotidianas. Por ejemplo, en este tiempo, los precios han subido muchísimo. La gente, por otra parte, se ha empezado a acostumbrar a que haya huelgas y a que se hable de su existencia con una normalidad y naturalidad asombrosa. En las revistas y los periódicos, que probablemente sea donde más se nota, se advierte una casi completa normalidad al hablar de la España real, cosa que, casi hace seis meses, era todavía poco frecuente.

—En lo que Amando de Miguel fue, ciertamente, un avanzado

—Pues sí. Ciertamente. Mi obsesión siempre ha sido hablar de las cosas de que la gente hablaba, que todo el mundo abordaba. Bueno, realmente, los que más habéis hecho en favor de esa clarificación sois los periodistas. Después de todo, era vuestra profesión. Y lo habéis conseguido. Yo creo que sí. Uno, desde el extranjero, coje los periódicos, y de verdad se queda maravillado. Yo recibo periódicos españoles, y no son como antes: cuando los periódicos extranjeros te decían una cosa y los de España otra diferente

LOS PARTIDOS NO BASTAN

—¿Y te has ido a América a aprender técnicas electorales, a aprender a votar?

—Técnica, no. Pero sí a observar una serie de cosas y a ver lo que significa ese proceso. Además, creo que es bueno contemplar unas elecciones americanas en un momento de crisis del sistema de dos partidos. Porque te enseña una cosa que aquí ya va a

ser cierta antes de empezar. A saber: que una democracia moderna no son sólo partidos. Eso es lo diferente. Aquí, a lo mejor, en la fase en que estaban prohibidos los partidos y en que había que hacer un esfuerzo para referirse a su necesidad. Creo, en resumen, que se ha exagerado demasiado el papel de los partidos como defintores de una democracia. Creo que yo mismo caí en alguna ocasión en la exageración de que ahora hablo, en el sentido de creer que una democracia, sobre todo, significa el funcionamiento de los partidos... Pues, no. Realmente, yo creo que hoy la democracia, en Estados Unidos y en otros países, es toda otra serie de cosas además de los partidos

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, todo el movimiento de consumidores, todo el movimiento feminista, o todo el movimiento de problemas locales, allí, étnicos, que corresponderían, tal vez, a los problemas que aquí tratan de resolver las asociaciones de vecinos, de inquilinos... Mucha gente canaliza por estas fórmulas su actividad política. Y de ahí la explicación del abstencionismo. Que yo aquí lo he visto, me parece, muchas veces, muy mal enfocado. Se explica como resultado de una apatía o como una falta de interés. Al contrario. Ha habido más interés que nunca. Sólo que se canalizó fuera de los partidos. Y puede que en España vaya a suceder lo mismo.

—¿Pero el peligro del absentismo español es ahora mismo real?

—No, no. De momento, no. Porque la gente está deseando votar. Pero yo pienso que pasará un primer momento, como sucedió en Portugal, donde hubo bastante abstencionismo ya en las segundas elecciones. Y en las ter-

ceras habrá mucho más. ¿Por qué? Porque los partidos saturan mucho. No son partidos de carne los que hay ahora. No son partidos de feles... Sólo sirven para plantear unos temas determinados... y no agotan la participación política. Lo que pasa es que las palabras están cargadas. Pero... no me atrevo a decirlo, porque luego van a citar sólo eso... Bueno, de verdad, se hace preciso volver a una democracia «orgánica», volviendo a recrear los términos. Tiene mucho sentido esa denominación de la democracia, pese a quien la propugna. Es decir, aparte de los partidos, y aparte de la lucha abierta con posibilidades para todos, en unas elecciones, si después no hay las asociaciones de vecinos y las asociaciones profesionales... y esas cosas más «orgánicas», me parece que una sociedad moderna no se termina de entender bien. Lo que pasa, e insisto, es que esto hay que entenderlo despojándolo de las palabras. Porque el partido, hasta cierto punto, es también una cosa orgánica. Pero es insuficiente.

«Ahora hay un exceso de líderes políticos; se le ven excesivos atractivos a la política»

«Los líderes americanos tienen un tremendo «respeto» al periodista, a sus opiniones, juicios y actitudes»

«Los dos extremos (de derechas e izquierdas) se parecen mucho»

«No hay que llevarse las manos a la cabeza: en USA, Mac Carthy no pudo utilizar la TV»

pilamenta. Es curioso... Yo no sé por qué. Yo supongo que esos cuarenta años de ayuno habrán despertado vocaciones políticas extraordinarias. Porque yo no veo que la vida del político sea tan agradable. A mí, por ejemplo, no me excita ninguna envidia... No le veo tantos atractivos a la vida política. Pero aquí la gente parece que sí se los ve; se los debe de ver. Habría que quitarle atractivos a la vida política. Por ejemplo, el sueldo de ministro convendría que no fuera vitalicio. Habría, sí, que quitarle atractivos. Porque si además tiene atractivos económicos o de otra índole... Bueno, claro: si hay un control de Prensa, ya se le quitan muchos atractivos, ¿no? Porque si tiene coche oficial, pero los periodistas pueden decir que su mujer lo utiliza para irse de compras... ya no es tener el coche oficial en el más amplio sentido; en el sentido habitual.

EL PAIS QUIERE VOTAR

—Como estudioso del franquismo —Sociología de franquismo—: ¿ha

cas, sí. Pero en política, en una votación real, se inclinará hacia la izquierda. Quizá se deba a la coyuntura económica. Tal vez sea sólo por esto. Mientras haya ese alto porcentaje de parados, y una coyuntura económica tan mala... es lógico.

—¿No hay un error generalizado al hablar del país: que se habla del ciudadano de las ciudades y se olvida al español del campo, de los pueblos?

—Bueno, yo normalmente no hablo del español urbano cuando hablo del español. Aunque no hay que olvidarse de que la mayoría ya es urbano. Que esa es otra diferencia con relación a las elecciones del treinta y seis. Entonces, por ejemplo, en el treinta y uno, no terminaron de computarse los votos. Sólo se empezaron a computar por las ciudades; iba ganando la República y se dejó de computar. Realmente, hay una responsabilidad histórica monumental... pero, bueno, ahí está. Entonces, nadie sabe, nunca se sabrá con certeza, si ganó la República o si ganó la Monarquía... Ahora, eso no podría repetirse... Primero, por-

LAS REGLAS DEL JUEGO

—¿Amado, y aquí, en este país, quién puede ganar esas elecciones dentro de seis u ocho meses? ¿Te atreverías a hacer un pronóstico?

—Es muy difícil hacer un pronóstico si no pones las condiciones, las reglas del juego. Entonces, por ejemplo, la gran incógnita, la gran variable que determinará a todas las demás, va a ser si el Partido Comunista podrá competir o no con los demás, sea con su nombre o con otro nombre, pero en las mismas condiciones. Es decir, utilizando la televisión, etcétera. Esto no es fácil. Por ejemplo, en los Estados Unidos, ahora mismo, Mac Carthy no ha podido competir, no ha podido utilizar la televisión. De modo que no hay que llevarse las manos a la cabeza. Es una cosa muy difícil.

—¿Crees que este país conoce ya las opciones que va a poder votar?

—Yo creo que no. Mientras no haya unas elecciones reales y una campaña electoral real, no existe posibilidad de que la gente opine.

—¿Y en esos seis u ocho meses se pueden conseguir las condiciones para que se sepa realmente qué se vota, qué se juega en ese voto?

—Se puede conseguir en cuanto se definan esas reglas de juego de que hablábamos. Es decir, en cuanto se decida que se puede votar en condiciones de una cierta igualdad, en cuanto al acceso a los medios, a la propaganda...

—Habrás observado que han comenzado a aparecer las encuestas de opinión, probablemente como primera arma electoral. Es una de tus especialidades...

—Pero vamos a ver. Yo, efectivamente, he hecho muchas encuestas... Y me parece que no soy sospechoso de dudar de las encuestas, como profesional de ellas. Pero sucede que las encuestas sirven para unas cosas y no sirven para otras. Y hay que tener mucho cuidado en interpretarlas. Concretamente, en una situación como la española, en donde llevamos cuarenta años, sin ir más lejos, ni tú ni yo hemos votado nunca; no sabemos, en la práctica, lo que son unas elecciones: más de la mitad de los españoles no han votado nunca en el sentido de candidaturas distintas, competidoras, con publicidad... no hemos votados. El referéndum es otra cosa. Y la elección de concejales, también. Eso no son elecciones reales. En suma, más de la mitad de los españoles nunca han votado; no saben lo que es eso. Y entonces, claro, no es lo mismo la costumbre de estar votando siempre

—en cuyo caso las encuestas revelan muy bien el comportamiento de voto— que en una situación donde no ha habido voto, donde las encuestas pueden que no revelen muy bien lo que va a hacer la gente. Concretamente, yo sostengo que a la hora de preguntar con qué partido se identifica usted, cuáles son, incluso sus actitudes, qué cosa defendería usted... y tú tabulas los

resultados de una encuesta, y llegas, por analogía, a establecer que existe tal porcentaje de comunistas, tal otro de socialistas, o de socialdemócratas, o de democristianos... Creo que eso es muy engañoso. Yo lo he hecho alguna vez, y creo que nos podemos engañar. Porque, como no hay elecciones, no hay hábito de votar, no se traducen muy bien todas esas actitudes en el voto inmediato. Por una razón: porque la encuesta no es secreta. La encuesta es, como tú me estás entre vistando, es el trabajo de un entrevistador. Yo, al decirte lo que soy, te estoy mirando a ti, y pienso qué puedes tú pensar de mí... En último término, estoy hablando a una persona que se va a formar una opinión de mí. Nadie se revela en una encuesta como se revela en una papeleta secreta que, en el fondo, no desvela su conducta, sino que se limita a decidir en favor de este u otro partido, porque «me interesa». Vayamos a un caso práctico. Tú puedes tener a un señor muy católico, muy «de derechas de siempre», muy tradicional, que está contra el aborto, contra las nacionalizaciones... En suma, una eprsona de derechas clásicamente. Este individuo —seguimos con el ejemplo— está parado, sin trabajo. Está en una situación desesperada. A mí no me sorprendería demasiado que votara al Partido Comunista. Y ese señor, evidentemente, no es comunista. Italia es un excelente ejemplo de esto que vengo diciendo: el que haya un veinte por ciento de votos comunistas, no significa que ese país esté próximo a ser una República soviética... Porque también puede haber dos niveles: que uno pueda dar esa papeleta a nivel local, para concejales, pero que vote lo contrario cuando se trate de niveles nacionales. Puede interesarle que los concejales —siempre hablamos de hipótesis— sean comunistas, o un alcalde comunista, porque puede suponer la existencia de escuelas gratis, de leche para los niños, de transportes... En cambio, a nivel nacional, no: «porque somos un país cristiano, occidental...». La gente tiene esos dos niveles. Y es perfectamente humano...

SOBRAN LIDERES

—¿Tú crees que en esas próximas primeras elecciones vamos a votar ideologías, o nos limitaremos a votar nombres que suenan?

—No. Yo creo que la gente no vota a nombres solos. En cada nombre hay intereses, hay soluciones... Una incógnita sí que se ha despejado últimamente. Creo que en alguna otra conversación nos referimos a ella: la falta de líderes. Claro, cuando no hay visibilidad política, no hay líderes. Y ahora, en cambio, hay un exceso. Ahora se unen en la Alianza Popular nada menos que siete personas y que pueden todos ellos ser presidentes del partido. Eso es excesivo, ¿no? Y casi todos los partidos tienen dos o tres personas que podrían ser presidente, o secretario general, o líder, más am-



empezado ya la demolición de esa época?

—Las fuerzas del franquismo estaban antes y están después de Franco. Ciertas formas y ciertas tradiciones sí se han desmontado. Pero básicamente, las fuerzas del franquismo, los usos, los modos, están muy vivos. Los hábitos, las fuerzas reales y los intereses, si bien siendo los mismos. Todo lo que ha explicado la Historia de esos cuarenta años, yo lo veo perfectamente vivo. Lo cual no quiere decir que, en unas elecciones, fueran a ganar la mayoría de los votos. ¿Por qué? Porque las actitudes de la gente sí que han cambiado mucho en estos tiempos, por lo que hemos visto. Y el péndulo, inevitablemente, ha girado hacia la izquierda. Eso es evidente.

—¿Pero no crees que este país es muy conservador?

—Pues, en algunas actitudes bás-

que ahora no está eso tan claro. Y segundo, porque ahora, por vez primera, los habitantes urbanos sí son una mayoría.

—Realmente, Amado, ¿tiene ahora el país auténticas ganas de votar...?

—Sí, sí; muchísimas. Sí.

EL PECE

—¿Y crees posible alguna fórmula de involución, de que no se llegue a las urnas?

—Sí. Una posibilidad de involución es que se empeñen o que se empeñen el resto de las fuerzas —sobre todo las conservadoras— en dejar fuera al Partido Comunista.

Esto significaría una mala conciencia en el resto de las fuerzas que participan; un cierto abstencionismo electoral en la clase obrera, que no se sabría cómo interpretar y que quitaría mucha legitimidad al resultado, fuera

al que fuera; y, en último término, una inestabilidad grande. Es decir, en este momento, y en mi opinión personal, de verdad es que reconocer el Partido Comunista es uno de los puntos fundamentales para la estabilidad política.

—¿Tan importante?

—Sí, sí. Es fundamental. Central, absolutamente central. Y sería un error no reconocerle.

—Pero, ¿no es concederle una excesiva importancia?

—No, al contrario. Si no se le...

—¡Fíjate que te lo dice una persona que seguramente no votaría al Partido Comunista; yo no soy marxista, y no... no. Mira, no sé. No, no. De verdad... No quiero decir que yo sea anti-comunista, ni mucho menos—. En determinados momentos y circunstancias tal vez llegara a votar al Partido Comunista. Pero en este momento yo creo que no lo haría. Es decir, que no te estoy haciendo publicidad del partido mío ni que esté tirando hacia mi molino. Pues, no. Pero me parece que lo veo con cierta objetividad. Y creo que su aceptación sería un ele-

—Miedo a lo que puedan decir, descubrir, interpretar... Acaso sea mejor emplear la palabra «respeto» que «miedo». En cambio, aquí un político puede permitirse el lujo de echar a un periodista de su despacho, ¿no? Cosa que en los Estados Unidos, si sucediera, para empezar, se enteraría el resto de la profesión. Y ese individuo estaba marcado para el resto de su vida. Y no podría levantar cabeza. Aquí, sí. Probablemente no sólo levanta cabeza, sino que se pavonea de ello... Mira tú si tienen que aprender. Aunque sólo aprendieran eso... habríamos avanzado una barbaridad.

—En cuanto al «marketing» político, ¿también es mucho lo que tienen que aprender los líderes españoles?

—Eso es más fácil, sí. La creación de imagen... sí. Eso se hace mucho. Se ha avanzado mucho en ese aspecto en los países donde se realizan elecciones desde hace mucho tiempo: la utilización de los medios, la venta de la imagen, la campaña electoral... Eso se puede aprender mucho. Yo he asistido muy de cerca a ese fenómeno por medio de la televisión. Como la

En Norteamérica se nos ve como dándonos un crédito

Los periódicos extranjeros y los españoles han empezado a decir lo mismo

Se ha exagerado el papel de los partidos en una democracia moderna

Consumidores, movimiento feminista, problemas locales... son asuntos que a menudo escapan a los partidos políticos

noche a la mañana, a la gente le parece la cosa más normal del mundo y nadie se va a matar por esa idea. Y hasta los que habían prohibido hacer partidos hacen los partidos propios...

—Vamos, que estamos ya a nivel europeo...

—En muchos aspectos yo diría que sí.

—¿Y a nivel americano?

—Hombre, no. Yo creo que no. Son otros mundos. Difícilmente se puede comparar. Es muy difícil comparar... Yo creo que no son mundos intercambiables. Son completamente diferentes. Es un Continente —América—, que es eso: la metrópoli. No tiene sentido compararnos... Pero que el español medio aspira en su vida física a vivir como un europeo más yo creo que sí. Es muy legítimo y muy posible. Y muy próximo. Creo que sí.

DEMASIADOS GRUPOS

—¿Tú habrías votado a Carter en las elecciones USA?

—Yo creo que no habría votado porque comprendo muy bien a todos los grupos marginados, tanto étnicamente —es el caso de los negros o de los chicanos— como a los intelectuales —profesores, estudiantes—. Hay otras opciones además de las que representaban Ford y Carter. Que tiene que haber otro tercer partido, que tiene que haber otras opciones, otras temas que no se han tocado... En los debates televisivos los temas más importantes de la política norteamericana —interior o exterior— no se han tocado. Se callaron por completo por ambas partes. Sistemáticamente. Por eso no me parecería honrado haber votado a ninguno de los dos, aunque forzándome, y si hubiera que evitar, como sucede en Filipinas, que si no voto me metan en la cárcel... hubiera votado a Carter sin duda ninguna. Porque me parece una persona mucho más sensata, mucho más lista de como ha sido presentada aquí en los medios de Prensa. Se le ha distorsionado muchísimo. Por ejemplo, yo me fui de aquí con la imagen de un tipo con una religiosidad fanática... Y es porque se traduce mal. Es, ciertamente, un bautista, y los bautistas eran una secta muy fanática, antijudía, anticatólica, fundamentalista... Pero dentro del bautismo hubo una especie de Concilio Vaticano. Sería pensar que Miret Magdalena es católico de Trento, preconciliar... No. Carter es bautista, pero no fanático. No sé por qué se le ha pintado así, antipático... fanático, fundamentalista.

—Si allí, según dices, el problema lo puede haber planteado la existencia de sólo dos partidos, aquí el problema parece ser todo lo contrario: la proliferación y superabundancia de los grupos...

—¿Que existen demasiados? Sí, de momento, sí. Pero una ley electoral puede hacer que haya muchos o que haya pocos partidos. Técnicamente no sé qué hay que hacer para que sean muchos o pocos. Pero sí hay gente que lo sabe... Alguien sabe qué hay que hacer para que haya dos o cien partidos. Ahora bien; dos partidos en España, que es la tesis anglosajona o inglesa, copiada, más o menos, por los norteamericanos, serían pocos para nuestro país. Pero cuatro o cinco grandes bloques, una vez conseguida la unidad de las respectivas ideologías ahora diseminadas, atomizadas, creo que sí, que sería una fórmula ideal. Superando protagonismos. No puede haber cinco socialismos, quince falangismos, ocho democracias cristianas, siete franquismos...

—Pero si un solo Amando de Miguel.

TV americana informa muy bien, muchas veces en directo... me parece muy importante. Y eso que la campaña electoral americana ha estado muy aburrida como tal, en la medida en que los dos candidatos americanos presidenciales han sido muy aburridos, no se han querido atacar en demasía... Pero la representación escénica ha sido verdaderamente importante.

EL VALOR CIVICO

—¿Crees que aquí llegaremos pronto a ese episodio de los ataques personales a que en ocasiones han llegado los candidatos americanos?

—Hombre, llegaremos a más: a ataques más virulentos, sin duda.

—Pero tu tesis es la contraria: afirmas que este país es más pacífico que ningún otro...

—Sí; mi tesis es que el español no es, en absoluto, violento. Pero, primero, los ataques de los dos contendientes USA han sido muy escasos, poco duros. Muy periféricos, muy anecdóticos, de pequeñas cosas, literarios, sin meterse a fondo... No me parece que...

—¿Y en qué te basas para decir que el español no tiene nada de violento ni agresivo?

—Hombre, tenemos un ejemplo clarísimo de valor cívico. Sí, eso: de valor cívico. De no excitarse demasiado y de no producir violencia cuando, en las mismas circunstancias o condiciones, en otros países, pues, se hubieran producido esas violencias. Actitudes ejemplares, vistas desde fuera. Por ejemplo, la huelga de Correos. Que unos ciudadanos acudan allí a abrir cartas... Eso tiene un valor cívico impresionante. No el que vayan a atender el servicio, sino el que no les hubieran «linchado». En cualquier otro país, los que acudieron a la «Operación Mercurio» hubieran sido «linchados». Y aquí pudimos contemplar cómo los carteros observaban a su vez a los ciudadanos que hacían su trabajo. En cualquier país del mundo, de verdad, hubieran sido «linchados» allí mismo. Y aquí no se movió nadie. Dirás, tal vez, que era miedo a la Policía. No, no. Porque en esos casos extremos nadie piensa en la Policía. La Policía no puede contener un movimiento de masas de ese estilo. No sé. Llámale capacidad de aguante, o costumbre, o tolerancia... Yo diría que la violencia está aquí producida por determinadas fuerzas del «desorden público». Pero, por lo demás... la gente...

LOS EXTREMOS

—¿Quién crees tú que es más peligrosa, más violenta: la derecha extrema o la extrema izquierda?

—Hombre, pues yo creo que los dos extremos se parecen enormemente. Incluso, como recientemente contaba una revista, parece que esos dos extremos rezan el rosario juntos en la cárcel... Los de la ETA rezaban el rosario junto con los que atracaron el

Banco Atlántico, contaba esa publicación... Eso está producido por determinadas condiciones. Si no se hubieran producido esos movimientos de extrema derecha no se hubieran producido los inversos. O viceversa. O que, en cualquier caso, yo creo que son coste de cualquier sociedad el que se registren esos extremos y su tremenda consecuencias: que mueran policías...

—Amando de Miguel dice que se encuentra como un desplazado «de la colonia en la metrópoli»... ¿Se tiene esa impresión, de ser un provinciano español en la «madre patria América»?

—Pues, sí. Yo conozco, para empezar, a muy pocos españoles que se hayan ido un año a estudiar en los Estados Unidos. Y conozco a muchos americanos que, por el contrario, se han venido a España a estudiar. Ahí tienes la dependencia. Me parece que por este mismo despacho —sin que eso me moleste— han desfilado varias docenas de estudiosos americanos, de investigadores, a quienes ha facilitado libros... Por el contrario, ¿cuántos españoles han ido a estudiar un año entero a Estados Unidos? Es decir, lo más frecuente es que seamos nosotros quienes suministremos datos para que nos estudien. No sucede, o apenas, lo contrario. Esto, en aspectos culturales o sociológicos, donde la dependencia, si quieres, apenas cuenta. Si nos referimos ya al aspecto económico, la dependencia es total. Más que nunca. En ese aspecto no hay que engañarse. Las decisiones que aquí se toman, lo que ocurre aquí en política, en muy buena medida depende de lo que decide el centro metropolitano. Es así. En el mundo hay un hemisferio capitalista, que tiene su centro, y nosotros somos un planeta que gira, como Plutón, en una de sus últimas órbitas, y cuya luz le viene de allí. Eso se puede interpretar como implantación, como injusticia, como quierias. Pero hay que conocerlo. Es lo que yo digo. Se puede interpretar como un mal necesario o como un bien maravilloso. Caben todas las opiniones, pero no se puede desconocer...

LAS DOS ESPAÑAS

—Al término de este último libro tuyo apuntas una tesis...

—No una, sino varias tesis. Pero la más importante del libro «Cuarenta millones» es esta especie de esquizofrenia que resulta, de la que los españoles quizá no nos demos cuenta, pero que acaso los chistes de Forges reflejen muy bien. Las dos realidades tal vez sea eso de las dos Españas... Más bien son las dos caras de una misma España: lo que se ha querido que sea el país y lo que el país va siendo. Por ejemplo: tú has prohibido que se hable de aborto; pero luego que se hable del aborto; pero luego tista, pero no fanático. No sé por qué país donde se dejaba hablar del tema... Es el caso de los partidos. De repente, los partidos son intrínsecamente perversos —¿dija perfectos? Freud, Freud...—, y de repente, de la



mento de estabilidad para que todo el mundo tenga muy buena conciencia... y que el no reconocer al Pécé es aumentar cada día un voto más al Partido Comunista. Es decir, en este momento la derecha le está haciendo el juego al Partido Comunista. Está clarísimo.

LOS USOS DE LA POLITICA

—Volvamos al asunto del líder. Decíamos que sobran. Que asistimos a la superabundancia. ¿Tiene el líder español mucho que aprender del líder americano?

—Sí. Claro, hay allí una cosa envidiable: es el temor que los líderes americanos tienen a los periodistas. Es uno de los miedos más saludables que yo conozco...

—¿Miedo a lo que los periodistas pueden descubrir?

José CAVERO

Fotos: Julio MARTINEZ.
[Caricatura de Carlos VIGUERAS.]